



## XLIX

### RECAPITULACIÓN, CONSEJO Y DESPEDIDA.

**R**ESPOSA de Jesucristo: Se acerca la hora de poner fin á nuestra correspondencia, no por falta de materia, sino porque mis graves ocupaciones no me permiten proseguirla. Mucho hemos escrito acerca de la vida religiosa y mucho más se pudiera escribir; pero basta lo dicho para hacerte perfecta y santa, si de ello quieres aprovecharte. Trae á la memoria el camino recorrido y verás cierto ser así:

Hemos visto los peligros de que nos libró el Señor, sacándonos del siglo; los beneficios que nos hizo trayéndonos al claustro; la gratitud que por ello le debemos; el fin que se propuso al hacernos religiosos; el camino por donde podemos llegar á ese fin, ó apartarnos de él; lo que seríamos en este último caso y lo que podemos ser en el primero; la alteza de nuestro estado, su excelencia y dignidad; lo que significa el nombre de religioso; el mérito de su sacrificio, mérito que le iguala con los mártires y le dá una vida nueva de justicia

y santidad. Hemos estudiado detenidamente la esencia de la perfección religiosa; sus relaciones con la santidad y la religión; las virtudes que supone y en especial las virtudes objeto de nuestros votos; la naturaleza y propiedades de los mismos; la excelencia de la pobreza evangélica; su extensión y límite; los deberes que impone; las faltas que contra ella pueden cometerse, y los grados por donde se sube á la perfección de esa virtud. Otro tanto hemos hecho con cada uno de los votos religiosos, incluso el de clausura, explicando detalladamente cuanto pertenece á cada cual de ellos; hemos hablado de la observancia regular; de lo que debe hacer la religiosa para convertirse en paloma de Jesús: de los peligros que puede correr en días de tribulación; del asilo de seguridad que tiene para ellos; de las cruces que necesariamente ha de llevar y del mérito que tiene sufrirlas por Dios; de las intimidades de la vida común; de las confesiones, comuniones y penitencias de las religiosas; de elecciones y prelacías; finalmente, hemos visto el tipo de la perfecta religiosa, cuando es súbdita y cuando es prelada. ¿Qué más se puede decir? Para el alma religiosa que quiere aprovecharse, basta lo dicho; y para la que no quiera, todos los libros del mundo son insuficientes; por lo cual vamos á poner fin á éste de nuestra correspondencia.

Empecé á escribirlo lastimado de ver la ignorancia de algunas religiosas, la poca estimación que hacían otras de su altísima dignidad, la escasa noticia que tienen muchas de la excelencia y alteza de su estado y profesión, de las obligaciones que le acompañan, de las virtudes que exige, y de otras mil cosas tan dignas de atención, que no puede dejar de lastimar mucho verlas tan desatendidas como están hoy. Hoy por desgracia hay religiosas que no saben dar razón de sí mismas, ni del estado que han abrazado: religiosas

para las cuales es una triste verdad aquella definición que un catedrático chusco daba de las monjas, llamándolas mujeres de bien que hacen dulces; ó buenas cristianas que viven recogidas en sus casas sin meterse con nadie de fuera: y dicho está que la religiosa que de sí misma forma teórica ó prácticamente este concepto es flor sin aroma, árbol sin fruto, cosa muy triste y lastimosa en el jardín de la Iglesia Santa.

Es tan grande el beneficio que Dios hace á una criatura llamándola al alto estado de la vida religiosa: es tan soberana la merced que la dispensa, entresacándola del mundo para que le sirva en santidad y justicia todos los días de su vida, que necesariamente ha de disgustar á Dios verse mal correspondido de la que tanto honró y ensalzó. Por eso es un dolor que se contente con ser buena cristiana ó una mujer de bien la que está llamada á ser una santa, una víctima continuamente sacrificada en aras del amor divino, una verdadera crucificada, por ser esposa de un Dios Crucificado.

Esta es la razón que siempre me ha movido á tener por cosa necesaria y por empresa digna de varones apostólicos y celosos de la gloria de Dios trabajar con ardor en la reforma y perfeccionamiento de las religiosas; y en mis pobres oraciones he pedido al Señor que derrame sobre ellas su espíritu y las envíe algún santo que con su predicación ó sus escritos renueve el espíritu y remedie tanto decaimiento y relajación, como ha venido sobre algunas Comunidades, por la calamidad de los tiempos que hemos atravesado.

Para contribuir á ese remedio con mis pobres fuerzas y mis escasos talentos, he aprovechado los ratos libres de mi atareada vida, dedicándolos á componer estas cartas, pláticas ó conferencias que contigo he sostenido por escrito. Bien sé que las materias en

ellas tratadas requieren más espíritu y erudición, más ciencia y virtud de la que yo tengo, si es que tengo alguna; pero el que hace lo que puede y da lo que tiene, no está obligado á más; y tanto merece el que con dos talentos gana otros dos, como el que con diez ganó otros tantos. Mis talentos no han alcanzado á otra cosa que á inculcarte las virtudes religiosas, sirviéndome, como has visto de consideraciones sencillas y provechosas; y aún esas las he fundado siempre en palabras de la Escritura sagrada ó en sentencias de los santos padres y maestros de la vida religiosa.

Otros autores se jactan (no sé si con verdad ó con mentira) de que sus escritos son todos de propia cosecha, fruto de sus estudios é investigaciones; yo, por el contrario, me jacto de que los míos, aunque fruto también de mis estudios, son bebidos en purísimas fuentes y espigados en el campo fertilísimo de los padres y doctores de la Iglesia. No soy por desgracia segador del rico Booz, labrador de cosechas abundantes; soy más bién, cual la pobre Rut, que por no tener heredades ni caudal propio, andaba tras los segadores, recogiendo espigas con que socorrer su pobreza y la agena. Booz, fué en esto figura de Jesucristo: su campo simbolizó la doctrina evangélica: los segadores de este campo son los Padres, Doctores y Maestros; y las espigas, sus sentencias admirables, con las cuales hemos procurado aquí hacer pan celestial que sirva de alimento para nuestras almas.

Por este motivo, á la objeción que me haces, diciendo que en mi anterior exijo demasiada perfección á las Preladas y que en general trato con rigor á las monjas y les pido mucha virtud y santidad, contesto que no soy yo quien la exige, sino los santos y autores que han tratado de esas cosas y á los cuales he consultado antes de escribir, deseoso siempre de acertar á

decir lo que fuera más conducente á la gloria de Dios y más provechoso al bien de las almas á Él consagradas en los claustros religiosos (1). Y pues el bien de tu alma me ha movido á escribirte tantas veces, parece muy justo, oh alma religiosa, que leas y releas estas cartas con la buena voluntad con que para tí fueron escritas, con ánimo sincero y deseo de aprovecharte de su lectura; que como así lo hagas, yo te aseguro que sacarás fruto de ellas. Téngolo por tan cierto, que si mi pobreza lo sufriera, regalaría un ejemplar de las mismas á cada religiosa, con la condición de que habían de leerlo una vez siquiera al año, porque abrigo la esperanza de que haciéndolo así, las comunidades de religiosas florecerían en virtud y perfección.

Y no digo esto por vanidad, ni porque presuma que estas pobres y desaliñadas cartas tengan por sí mismas fuerza y virtud para aprovechar á nadie; sino porque creo firmemente que Dios nuestro Señor ha de envolver su gracia entre estas hojas, para que saque fruto de ellas toda monja que las lea con recto fin y buen deseo. Y creo esto, porque tengo para mí por cosa cierta ser voluntad de Dios que las escribiera; y si es voluntad suya, de su cuenta corre darles virtud y eficacia para conseguir el fin con que se han escrito. Si no fuera por lo arraigada que tengo esa persuasión en mi alma, de seguro que hubieran quedado á medio escribir, según ha sido grande la guerra que el enemigo ha hecho para que no se terminaran. Pero, ya con la gracia de Dios toca á su fin la realización del plan que me propuse en un principio, y sólo me resta com-

(1) Además de los santos y autores nombrados ó citados en este libro se ha tenido presente para escribirlo la doctrina de *El Perfecto Religioso*, *Los Principios fundamentales de la vida Religiosa* y *El Epistolario* de Fr. Juan de Jesús María.

pendiar el contenido de todas en breves máximas: trabajo que me lo dará hecho nuestro B. Diego de Cádiz, como verás en la siguiente.

Mas antes de soltar la pluma voy á dar la voz de alerta á las monjas de clausura, hoy en visible decadencia y tal vez llamadas á desaparecer mañana, si Dios no lo remedia y ellas no ponen de su parte cuanto puedan. Cuando en frondosa arboleda se ve brotar y levantarse lozana una nueva generación de árboles, es indicio cierto de que su dueño trata de arrancar los antiguos ó entresacarlos, dejando solamente aquellos más robustos, de los cuales espera recoger fruto abundante. Pues en el campo fertilísimo de la Iglesia católica se ha visto brotar en este siglo, que va á espirar, una nueva generación de plantas vigorosas, nuevos institutos religiosos de mujeres que, llenos de vida y de fervor, están satisfaciendo grandes necesidades sociales, atrayendo sobre sí las bendiciones de Dios y de los hombres, las vocaciones y limosnas que antes eran patrimonio de las monjas claustrales. ¿Será esto indicio de que Dios, en sus inexcrutables designios, quiere sustituir las religiosas antiguas con estas congregaciones modernas? No lo sé; pero sí sé que las órdenes y comunidades religiosas son árboles plantados por Dios en el jardín de su Iglesia santa; y que mientras estos árboles den fruto y cumplan el fin para que Dios los plantó no serán cortados; mas si dejan de dar fruto por envejecidos y en vez de hermohear el jardín lo afean, entonces ciertamente serán arrancados y sustituidos por otros.

Por eso las monjas de clausura debían poner un empeño muy grande en la estricta observancia de su regla: en conservar el espíritu de fervor donde esté floreciente y en restaurarlo donde esté decaído; en llevar una vida de abnegación y sacrificio, de amor y

sufrimiento; en ser víctimas voluntariamente sacrificadas en aras de la obediencia, de la pobreza, de la castidad, de la penitencia y mortificación de los sentidos; en alejar de su vida interior todo defecto y toda imperfección; en ser el consuelo de los Prelados de la Iglesia, los ángeles de la tierra, las verdaderas esposas del Cordero sin mancha; porque sólo así hay seguridad de seguir subsistiendo, sólo así conservará siempre el Jardinero divino esos árboles en el vergel de la Iglesia. De lo contrario temo, y temo con razón, no sólo que falten las vocaciones y limosnas, sino que se cumpla la sentencia del Evangelio que dice: "Ya está levantada el hacha sobre la raíz del árbol, y todo árbol que no dé fruto será cortado y echado al fuego. (Luc. 3. IX.)"

¿Y acaso esta divina sentencia no se está cumpliendo ya en algunas partes? ¿No hay ciudades de segundo y de tercer orden en donde han desaparecido las religiosas de clausura muertas por consunción? Y en esos mismos sitios en que ellas han perecido ó se están extinguiendo, ¿no florecen las Hijas de la Caridad, las Hermanitas de los Pobres, las Religiosas de la Enseñanza, Adoratrices, Esclavas, Reparadoras, Terciarias Carmelitas y Franciscanas, Hermanas de la Cruz ó cualquiera otro instituto moderno que, juntando en vida mixta la oración con el trabajo, se sacrifican por Dios y por la sociedad? Y esto ¿no habla muy alto á quien tenga orejas para oír y ojos para ver lo que pasa á su alrededor? ¿Y no me ha de hacer temer por la suerte de las monjas claustrales, á las que estimo tanto como á las religiosas modernas? ¡Ay, hijas de Santo Domingo y San Francisco, de Santa Teresa y Santa Clara, hermanas mías carísimas, para quienes escribo ésto! Viva siempre en vosotras el espíritu de vuestra santa Madre, que mientras él viva

tendréis seguras las bendiciones del Cielo, que os dará vida próspera, feliz y duradera en el seno de la Iglesia.

Con esto termino mi tarea y me despido de vosotras, benditas religiosas. Si el interés que por vuestra santificación me he tomado me hiciere acreedor á vuestras oraciones, no olvidéis en ellas á este pobre Padre,

FR. AMBROSIO.